Domingo 2 de agosto de 1992

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

En vísperas de su llegada a Buenos Aires, Sylvia Molloy concedió en Nueva York una entrevista exclusiva a **Primer Plano** (páginas 2/3) y adelantó un par de fragmentos de la novela que está escribiendo (página 8), lo que permite redescubrir a una de las más notables y secretas narradoras argentinas, quien desde hace dos décadas vive en Nueva York

EL REGRESO DE SYLVIA MOLLOY

La extraña en su propia casa

UN INEDITO DEL CHE

"Angustia" 6/7

(Eso es cierto)

Cuando tenía veinte años, Ernesto Guevara envió a su padre un relato que ahora se publica por primera vez.



ENTREVISTA A SYLVIA MOLLOY

Célebres son los ejemplos de Joseph Conrad y de Vladimir Nabokov, que escribieron en una lengua ajena —el inglés— con tanta belleza como en la propia. Menos conocidos son los casos de argentinos que trabajaron con igual destreza en el idioma natal y en otro, adquirido: J. R. Wilcock es hoy uno de los grandes nombres de la literatura italiana; Héctor Bianciotti de la francesa; Alberto Manguel de la canadiense. A esa lista debe agregarse Sylvia Molloy, que escribe sus ficciones en español y sus textos críticos en francés, inglés y español, indistintamente.

Molloy vive fuera de la Argentina desde hace más de veinte años. Fue profesora en la Universidad de Yale y ahora enseña en la Universidad de Nueva York. En los medios académicos, su prestigio fue incontestable ya a partir del primero de sus libros, **La diffusion de la littérature hispanoaméricaine en France** ***(1972). En 1979, Sudamericana publicó*** **Las letras de Borges** ***y, dos años más tarde, Seix Barral dio a conocer su novela*** **En breve cárcel***, **que no ha cesado de circular como un texto casi sacramental entre cientos de lectores devotos. En 1991, la Universidad de Cambridge publicó el último de sus estudios críticos,** **At Face Value**, ***en el que Molloy explora los intentos para representarse a sí mismos en autores tan dispares como Sarmiento, Mansilla, Norah Lange y Victoria Ocampo.***

Esta semana, Sylvia Molloy llegará a Buenos Aires para participar de dos congresos: uno sobre autobiografías, otro sobre géneros. Poco antes, en su departamento neoyorquino de la calle 22 West, concedió la entrevista que se transcribe a continuación.

La memoria en donde ardía

La autobiografía como transgresión, la novela y la crítica como modos gemelos de ordenar el mundo, la revolución de los diferentes y las imágenes de la Argentina perdida son algunos de los temas de esta entrevista de Ernesto Livio Grosman a una escritora argentina que, desde hace décadas, se resiste a toda forma de publicidad.

ERNESTO LIVIO GROSMAN

En tu carrera has trabajado sobre diferentes temas, desde las relaciones entre la literatura latinoamericana y la francesa, hasta la autobiografía, pasando por Las letras de Borges. *El espectro es sumamente amplio. ¿Cuál es la historia de estos intereses y cuáles las conexiones, si hay algunas, entre ellos?*

—Proponer una historia convincente, articular las conexiones entre estos intereses, es un ejercicio de ficción que supera mis capacidades. El azar, más que otra cosa, gobernó muchas de mis elecciones, aunque ahora, retrospectivamente, esas elecciones me parecen necesarias y justas. El libro sobre la recepción de la literatura hispanoamericana en Francia fue tema de tesis. Como ejercicio literario me fue utilísimo porque me hizo leer literatura hispanoamericana, que en esa época conocía bastante mal. Pero sobre todo fue útil porque me enseñó a observar desplazamientos, traslados, recontextualizaciones de lo literario, acostumbrarme al texto como "hecho móvil".

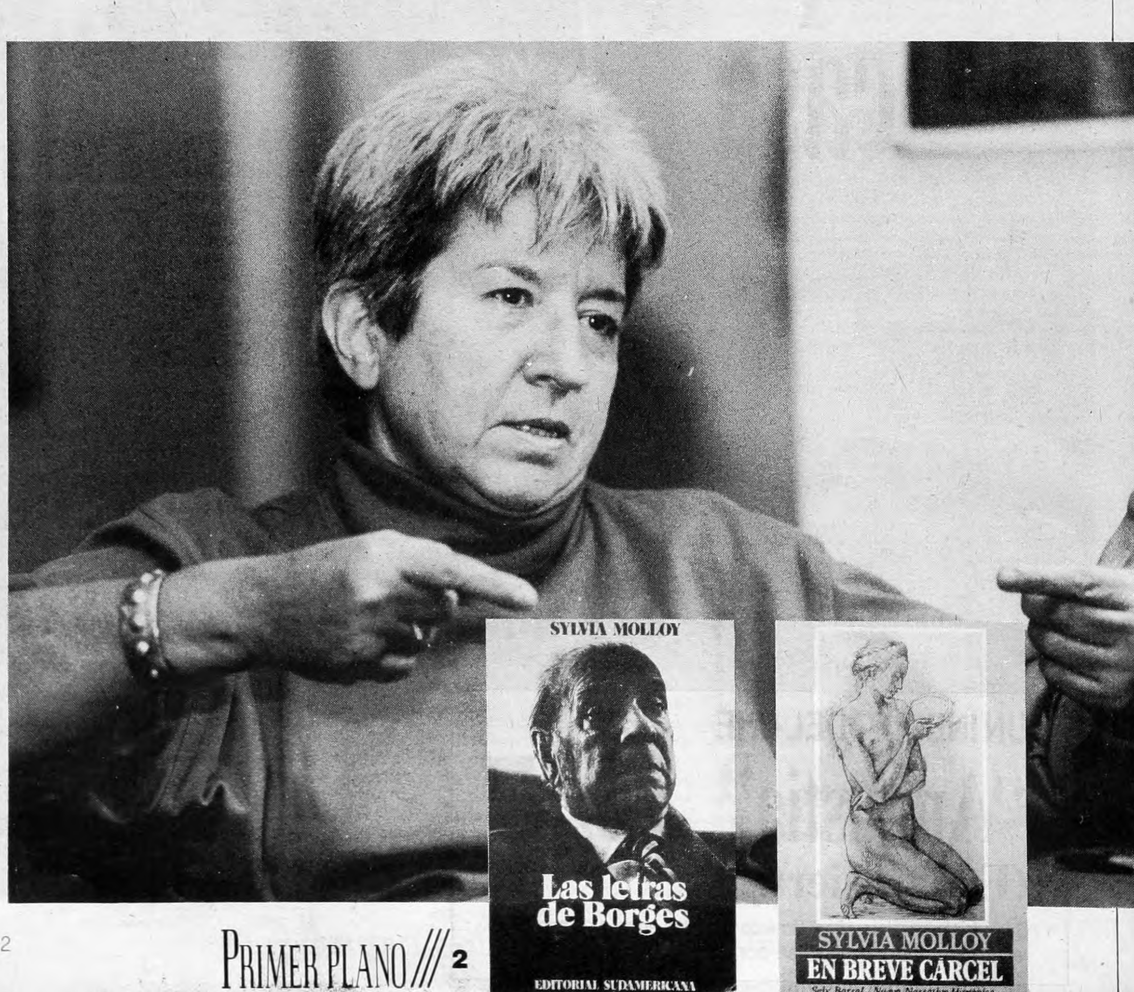
El trabajo sobre Borges surgió de mis reflexiones sobre Borges a partir del desconcierto y la inseguridad que ya había observado en su recepción en Francia. Quise seguir la pista de esa inseguridad dentro del texto, ver cómo la materia misma del texto borgeano es el desasosiego.

Cómo llegué a la autobiografía desde *Las letras de Borges* es menos claro. Siempre me han interesado las máscaras de la primera persona, acaso porque secretamente comparto con Borges la desconfianza ante el "yo de conjunto". También, no te olvides, acababa de escribir una novela en la que evitaba, muy cuidadosamente, el uso de la primera persona.

—En At Face Value, *tu último libro, en el que se presenta una serie de estudios sobre la autobiografía en Hispanoamérica, se desafía cierta idea crítica según la cual la autobiografía sería un género esencialmente europeo o ausente en las letras hispanoamericanas. ¿Te parece que la recepción crítica del género ha cambiado desde la publicación de tu trabajo?*

—No, no creo que la recepción crítica del género haya cambiado necesariamente gracias a mi trabajo, pero espero que mi texto abra un espacio de reflexión sobre el tema. No pretendo haber hecho un trabajo de exhumación masiva, sino meramente haber rescatado textos perdidos, descartados porque no cabían dentro de los parámetros establecidos.

Se dice que no hay autobiografía en Hispanoamérica porque los textos autobiográficos que existen no corresponden a un modelo confidencial, introspectivo, olvidando que este modelo es *uno* de los muchos posibles de la escritura autobiográfica. Entonces quedan estos textos —*Recuerdos de provincia*, pongamos por caso— que estorban, para los cuales no hay categoría (ni disciplina: ¿son literatura? ¿son historia?) donde encasillarlos. Y en lugar de valorarlos como lo que son, composiciones híbridas que reúnen y a la vez critican una serie de convenciones, se los descarta como inferiores, llamándolos "malas" autobiografías. La tendencia a la univocidad y a la monumentalización de nuestras litera-





turas, y de los historiadores literarios que las institucionalizan, es bastante nefasta.

LO PUBLICO, LO PRIVADO. *—En el capítulo que ese libro dedica a Victoria Ocampo se sugiere que hay cierta ambivalencia en su imagen pública, ¿dónde se origina esta duplicidad y cómo la definirías?*

—Creo que hay varias ambivalencias con respecto a Victoria Ocampo. Primero, la suya propia con respecto al ejercicio literario. Vive negando que es escritora, no sé si te acordás de su discurso en la SADE, creo que en parte (y aquí está la ambigüedad) porque es mujer y en parte porque pertenece a una clase donde la profesionalización literaria no siempre está bien vista. Acordate de las coqueterías de Mansilla, reclamando para sí la calidad de escritor *amateur*. Esa ambivalencia sin duda encuentra un eco en el público.

Pero creo que hay otra ambivalencia, más insidiosa, que tiene mucho que ver con nuestros hábitos culturales. A Victoria Ocampo, escritora, la devora muy pronto su imagen pública, imagen en cuya construcción ella misma colabora. Victoria Ocampo se vuelve un emblema algo monstruoso de nuestra incapacidad para enfrentar directamente una serie de situaciones, marcadas por el género, que nos incomodan y que no queremos aceptar: autoridad cultural y mujer, poder económico y mujer, voz pública y mujer. A nuestras mujeres, cuando detentan poder de algún tipo, ya sea político o cultural, se las endiosa (o se las demoniza) que es un modo de evitar aceptarlas y entablar relación directa con ellas.

LA SALUD NACIONAL. *—Has comenzado a trabajar en otro campo, en el que relacionás el concepto de salud y el de literatura, en particular la del siglo XIX. ¿Cómo establecés esta conexión entre higiene y literatura?*

—Los dos proyectos, el de la autobiografía y el nuevo, están de algún modo relacionados. Es decir, en el trabajo sobre la autobiografía trabajé con ciertas formas de autofiguración que veo como predominantes en Hispanoamérica, ciertas fábulas de identidad que privilegian la representatividad nacional, ya como estrategia política —es el caso de la mayoría de los autobiógrafos del diecinueve— ya como gesto nostálgico, como retórica. Y al observar la longevidad del modelo, presente hasta en el epígrafe irónico de *Rayuela* —que es, de cierto modo, la autobiografía que Cortázar *no* escribió— te fijás también en lo que el modelo deja fuera, en las formas de autorrepresentación que ese modelo excluye o no reconoce.

Pues bien, lo que estoy haciendo ahora procura seguir ese movimiento de inclusión/exclusión más allá del modelo autobiográfico. Me interesa estudiar cómo se configura a fines del diecinueve la noción de salud nacional, y cómo se va categorizando a los que se desvían de ese modelo. Así, fuera de ese modelo sano quedan grupos diversos cuyo común denominador es su aparente "desvío" de la norma, es decir los homosexuales, las mujeres, los inmigrantes, los judíos, los anarquistas, etcétera. La lista de "perversiones" es larga. Lo que quiero ver es cómo, en nombre de ese modelo paranoico de salud nacional o continental (no olvidemos a Rodó), se descartan a fines del diecinueve y a principios del veinte propuestas ideológicas que eran interesantes pero a las que no se dejó prosperar.

EN BREVE, CARCEL. *—De manera paralela a tu trabajo crítico has desarrollado una obra narrativa, varios cuentos y una novela:* En breve cárcel. *¿Cuándo la empezaste a escribir y cuánto tiempo te llevó? ¿Y como distribuís el tiempo para escribir ficción cuando tenés tantas obligaciones académicas?*

—Para mí el tiempo de la escritura no se reparte, ahí está el problema. Es decir, no marco diferencia entre escritura de ficción y escritura crítica, porque para mí es el mismo proceso. Son maneras de ordenar provisoriamente el mundo plegándolo a una lectura —la mía— que me da placer. Suelo trabajar en dos proyectos más o menos al mismo tiempo, uno de ficción y uno de crítica. Es el caso ahora, con el libro del que te acabo de hablar, sobre "decadencia" e ideología, y una novela todavía en estado muy fragmentario. Lo que no puedo hacer es ir y venir de un texto a otro, en general trabajo unos meses en uno y luego interrumpo para pasar al otro. Hay contaminación entre los dos proyectos pero no son, del todo, vasos comunicantes sino más bien corrientes alternas.

—Hay un interés creciente por En breve cárcel *y la novela aparece como agotada en casi todas las librerías de Buenos Aires. ¿Tenés intención de reeditarla?*

—En breve cárcel nunca se distribuyó bien en la Argentina, no sé por qué. La novela no está agotada en España pero muchos libreros la dan por agotada, quizá por no tomarse el trabajo de encargarla. Creo que algo tendrá que ver con la mala distribución el hecho de que no vivo en la Argentina. La novela tiene que andar por el mundo sola, sin el personaje vivo de la autora para respaldarla y darle más consistencia. Sí, desde luego me gustaría reeditarla en la Argentina para que se conociera mejor.

—La lectura de En breve cárcel *y tus investigaciones sobre la autobiografía siempre se me hacen terrenos contiguos. ¿No se produce cierta contaminación de un área sobre la otra, del estudio de la autorrepresentación sobre la escritura de la novela y viceversa?*

—Siguiendo el proceso de escritura alternada que te describía, esa novela la escribí junto con *Las letras de Borges*. El libro sobre la autobiografía vino después. Pero sí, sin duda ya en la novela se da una reflexión sobre el género, en los dos sentidos del término. Es claro que el ímpetu que guía la escritura de *En breve cárcel* va en contra del impulso autobiográfico habitual, que es reunir, componer una imagen. Ese proceso, en la novela, aparece constantemente coartado, criticado, frustrado. Es un ejercicio de descomposición, más bien.

La novela, por ahora sin título, en la que estoy trabajando es bastante distinta. No quiero hablar de ella porque carece de forma, pero tiene que ver con la inconsistencia de la memoria. Prefiero darte un fragmento para despertar la curiosidad.

EL AUGE GAY. *—Uno de los fenómenos culturales más importantes de los últimos diez años es el movimiento gay. El fenómeno en sí es la transformación por la cual el movimiento sale del "closet" para pasar a ser "main stream". Los Estados Unidos en general y Nueva York en particular son sin duda los epicentros de este cambio. ¿Cómo describirías el momento actual del movimiento gay, tal como lo ves en Nueva York?*

—Corrijo: no de los últimos diez sino de los últimos veintitrés años, por lo menos. La demostración de Stonewall, el viejo bar gay de Nueva York, ocurrió la noche del 29 de junio de 1969. Esa demostración marca el comienzo simbólico del movimiento gay en Estados Unidos, en el sentido de que de pronto da visibilidad y nombre a algo que ya existía, en forma algo dispersa, desde principios de los cincuenta. Vale la pena recordar que el movimiento se inscribe en una serie de movimientos de reivindicación muy importantes, y que sin duda se fortaleció con el ejemplo de los *Civil Rights* y del feminismo. Digo esto no para restarle importancia, porque la tiene y es muy grande, sino al contrario para recalcar su contribución considerable dentro de una serie de movimientos sociales.

El movimiento gay reivindica el derecho de ser y de hablar desde esos márgenes de los que te hablaba antes, reivindica el derecho a la diferencia y el derecho a participar en la sociedad desde esa diferencia.

—¿Hasta qué punto te parece acertado decir que el auge del movimiento gay es coyuntural y que ha dependido fundamentalmente de la realidad creada por el SIDA? ¿Qué otros factores, en tu opinión, habrían contribuido a esta eclosión?

—No, no me parece acertado decir que el auge del movimiento gay es coyuntural y que ha dependido fundamentalmente del SIDA. El movimiento gay precede, por mucho, la aparición del SIDA. En Estados Unidos el movimiento sin duda se ha politizado más a partir del SIDA, o mejor dicho a partir de la apatía y la falta de información que han caracterizado las respuestas oficiales al tratamiento del SIDA. Pero establecer una relación de causa y efecto entre los dos me parece sospechosa. Primero, porque cronológicamente es falsa. Segundo, porque esa supuesta relación parece apuntar a una sinonimia ideológicamente peligrosa. El SIDA no es una enfermedad específicamente gay ni elige a sus víctimas en términos de sus preferencias sexuales.

VIVIR AFUERA. *—¿Cómo describirías la relación que, distancia por medio, has establecido con la Argentina?*

—A veces trato de imaginar cómo hubiera sido mi vida de haberme quedado en la Argentina. Sé que vivir fuera de la Argentina, primero en Francia y luego en Estados Unidos, me ha dislocado, literalmente, en el sentido de que me ha dejado sin lugar. Ese estado precario, que puede ser temible en ciertos momentos de la vida de uno, da, al mismo tiempo, una tremenda libertad. Yo me pregunto, por ejemplo, si hubiera escrito ficción de haberme quedado en Buenos Aires. Creo que ese gesto liberador que es para mí narrar y armar relatos con recuerdos borrosos, acaso inventados, lo debo, en buena parte, al exilio. El lenguaje se ha vuelto para mí el lazo principal con la Argentina: eso lo he sentido desde que me fui y lo siento más desde que murió mi madre, desde que no me queda ningún lazo físico, orgánico, con el país. Por eso vuelvo bastante al pasado, no con gesto nostálgico sino como una solución expeditiva para poder seguir escribiendo. Ese pasado, recordado o imaginado, es como mi arsenal de realidad. Al mismo tiempo, vivir fuera de la Argentina me ha hecho repensar mis lazos con el país, incluso me ha hecho elaborar esos lazos, intensificarlos, mantenerlos vivos.

Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*La ciudad ausente*, por Ricardo Piglia (Sudamericana, 11 pesos). La novela teje a partir de un eje móvil —el vacío del mundo que se abre para Macedonio Fernández cuando muere su mujer —, y de una máquina de contar, un relato de la Argentina última, visible y sin embargo desconocida.	2	8
2	*El canto del elefante*, por Wilbur Smith (Emecé, 18 pesos). Un naturista mundialmente famoso, Daniel Amstrong, inicia una cruzada para salvar a los animales en Zimbabwe. Desde Londres, una joven antropóloga se suma a su cruzada.	1	9
3	La suma de todos los miedos, por Tom Clancy (Emecé, 26 pesos). Jack Ryan, legendario personaje de Clancy, es ahora un alto funcionario de inteligencia que concibe un plan de paz para Medio Oriente. El plan fracasa y estalla una crisis nuclear mundial.	3	3
4	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos). La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	6	38
5	*Vox*, por Nicholson Baker (Alfaguara, 14 pesos). Un hombre, una mujer y un teléfono son los ingredientes con que el inclasificable Nicholson Baker construye la más inteligente y transgresora novela erótica de los últimos tiempos.	4	8
6	*American Psycho*, por Bret Easton Ellis (Ediciones B, 15,50 pesos). Un autor polémico y una historia controvertida. Patrick Bateman es joven, rico, psicópata y elegante: viste, almuerza y juega con el mismo refinamiento con que viola, tortura y mata a sus víctimas.	7	31
7	*Sol naciente*, por Michael Crichton (Emecé, 15 pesos). Una historia en la que los japoneses son los malos. Dispuestos a hacer negocios, inauguran la sede de una corporación en Los Angeles. Se descubre un cadáver y el negocio se transforma en una guerra sin cuartel.	5	3
8	*No apto para mujeres*, por P. D. James (Vergara, 10,70 pesos). Una joven detective en apuros. Su misión es investigar la misteriosa muerte del aristócrata Mark Callender pero ingresa en un elegante y sórdido mundo lleno de intrigas.	8	3
9	*El plan infinito*, por Isabel Allende (Sudamericana, 13,70 pesos). El protagonista Gregory Reeves crece en un barrio de inmigrantes ilegales en Los Angeles, pasa por la Universidad de Berkeley en plena esfervescencia hippie y logra volver "ileso" de la guerra de Vietnam para descubrir que cayó en una trampa.	9	33
10	*Mujeres de ojos grandes*, Angeles Mastretta (Planeta, 12,40 pesos). Un conjunto de cuentos que transcurren en las décadas del 30 y del 40 en Puebla, ciudad de iglesias, donde las mujeres cumplían disciplinadamente con su rol social. Las protagonistas de los cuentos son las que intentan romper con el molde, las mujeres de ojos grandes.	—	1

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	2	57
2	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). Nueva visita para desentrañar el viejo escándalo de contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación que pone de manifiesto quién ejerce el poder real en el país.	1	16
3	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos). ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	3	57
4	*Misión cumplida*, por Martín Granovsky (Planeta, 17,80 pesos). La historia de la presión norteamericana sobre la Argentina, de Braden a Todman. Y todos los entretelones sobre cómo "el virrey" Todman anudó las relaciones carnales con el gobierno de Carlos Menem.	4	3
5	*Mossad: confesiones de un desertor*, por Víctor Ostrovsky y Claire Hoy (Planeta, 17 pesos). Ostrovsky, un ex katsa —oficial de servicios especiales—, narra su odisea en el seno de la organización de espionaje israelí.	6	3
6	*Woody Allen*, por Eric Lax (Ediciones B, 21,50 pesos). Todo lo que usted siempre quiso saber sobre Allan Stewart Koningsberg y no se animaba a preguntar en una biografía que puede verse como una película de Woody Allen.	8	4
7	*El fin de la historia y el último hombre*, por Francis Fukuyama (Planeta, 19,50 pesos). Fukuyama, un asesor del Departamento de Estado norteamericano, generó una polémica de decibeles inesperados con la publicación de un artículo de pocas páginas. A lo largo del libro, responde si existe una dirección en la historia del hombre y si en verdad terminó.	5	6
8	*El descabellado oficio de ser mujer*, por Cristina Wargon (La Urraca, 9 pesos). Con un descabellado humor, la autora satiriza pequeñas escenas de la vida cotidiana femenina. Los hijos, la familia, el portero y el marido le sirven de excusa para hablar sobre la mujer.	9	6
9	*Te quiero pero...*, por Mauricio Abadi (Ediciones BEAS, 14 pesos). El psiquiatra y psicoanalista Abadi —asiduo visitante de los medios de comunicación— escribe un libro sobre "los problemas de pareja hoy". El autor recurre a un triángulo amoroso del que participan él y dos lectoras imaginarias.	7	9
10	*Relaciones carnales*, por Eduardo Barcelona y Julio Villalonga (Planeta, 16,50 pesos). Un relato pormenorizado de la construcción y la destrucción del misil Cóndor II en el que se mezclan personajes conocidos de la política nacional con capitales mundiales de la intriga y el espionaje.	10	5

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Juan Fresán: **Spanish Souvenirs** (Tusquets). Una lujuriosa y espléndida cabalgata por los íconos, mitos y ritos de todas las Españas posibles, a cargo de alguien que se define como publicitario antes que artista.

Gabriel García Márquez: **Doce cuentos peregrinos** (Sudamericana). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, las profecías de los sueños.

Enrique Molina: **Antología poética** (Visor). El más suntuoso y tropical de los poetas argentinos en una edición definitiva, que incluye "El ala de la gaviota".

Rex Anderson: **Mi difundo hermano** (Sudamericana). Brillante thriller cuyo verdadero tema es la construcción de un pasado alternativo a partir de la sombra de un hermano muerto que se niega a abandonar el mundo de los vivos.

Carnets///

FICCION

Apogeo de un género



LARGA DISTANCIA, por Martín Caparrós. Planeta, Biblioteca del Sur. 256 páginas.

La crónica es, tal vez, el género central de la literatura argentina. El hecho de que en dos obras abrumadoras —las de Macedonio Ferńández y Manuel Puig— ese registro esté excluido casi por completo induce a olvidar que la tradición literaria argentina parte de una crónica magistral, el *Facundo*, y que textos capitales como *Una excursión a los indios ranqueles*, de Mansilla; *Martín Fierro*, de Hernández; *En viaje*, de Cané; *La Australia argentina*, de Payró; los aguafuertes de Arlt, *Historia universal de la infamia* y *Otras inquisiciones* de Borges, los dos libros misceláneos de Cortázar (*La vuelta al día*... y *Ultimo round*) los documentos de Rodolfo Walsh y otros textos de contemporáneos notables, son variaciones de un género que, como el país, es híbrido y fronterizo.

Larga distancia ahonda esa tradición y la renueva. Aunque el eje sobre el que se articulan los dieciocho textos (¿o capítulos de novela, o fragmentos de autobiografía?) son los viajes, en cada movimiento hay núcleos de ficción, estaciones del pensamiento donde Caparrós entra en conflicto con los azares de su propia mirada y establece con el lector una relación cómplice, una especie de diálogo subterráneo en los que se juegan cartas como los mitos cinematográficos, el cine norteamericano de los '50, las iconografías argentinas, el Quijote, el Che, los sueños de la historia.

Tres cualidades saltan a la primera lectura: la belleza de una escritura que desconfía de la belleza, la ternura con que el autor se relaciona con sus personajes, la ironía con que se distancia de ellos para no falsear el retrato. Aunque, como se advierte en la primera página, los textos de *Larga distancia* fueron en una primera versión artículos periodísticos, la inmediatez —que es una de las condiciones madres del periodismo— se ha esfumado del libro. En cada línea hay, ahora, el tatuaje de lo permanente.

Ciertas imágenes están construidas para perdurar, aunque sean (¿cómo saberlo?) copias perfectas de la realidad: el señor Feng tocando "Cielito lindo" en su violín de Hong Kong, las excursiones fotográficas de Anatolyi Saderman por la ciudad vieja de Montevideo, las reflexiones de Mijail Nicolaievich frente a las tumbas de la familia Stalin, las galleras, las canciones de odio y las profecías del padre Aristide en Haití, el vía crucis del Che en La Higuera contado por los campesinos que no quisieron ayudarlo, el perro que el cronista nunca llega a comer en un hotel de Pekín, las estadísticas que entran como súbitos latigazos en las historias: "La sede central de la Federación Especial de Trabajadores Campesinos del Trópico de Cochabamba, que agrupa a 280 sindicatos cocaleros, es una habitación de cuatro por cuatro en el segundo piso de una casa ruinosa". La irrupción de esos datos secos en un texto de alta densidad narrativa, construido con frases suntuosas, duplican la eficacia de lo real, convierten lo perecedero en inolvidable.

Lo mejor de *Larga distancia* está, sin embargo, en esa zona equívoca donde las crónicas se entretejen con la historia y la historia con la ficción: relatos como el del coronel José Caparrós, que desaparece en la noche de las batallas; o el de Malcolm Lowry, que se confiesa con el autor en la Funeraria Quo Vadis; o el de un viejo manco que en la Valladolid de 1604 lucha contra las deudas, acosado por los tumultos de una novela genial, mientras su hija Isabel vende el cuerpo a un caballero envarado que se llama don Alonso (¿don Alonso Quijano?).

Quien haya leído las cuatro ficciones anteriores de Martín Caparrós descubrirá tal vez que en este libro escrito casi por azar, el autor ha encontrado por fin su voz. Una voz conmovedora, memorable, que no se parece a ninguna otra.

TOMAS ELOY MARTINEZ

ENSAYO

Hay espejos

DE KAFKA A KAFKA, de Maurice Blanchot. Fondo de Cultura Económica, México, 1991, 325 páginas, 18,90 pesos.

Qué serán esos gemelos que trajinan hasta la obsesión en las novelas de Michel Tournier? ¿O ese fantasma que habita bajo la denominación del Otro en los relatos de Borges? ¿Quién es, en definitiva, uno de los dos William Wilson? Una respuesta posible —pues se trata de una pregunta vacía— apunta hacia el lado del lector. No el lector soñado que pueda llegar a comprender, por un gesto de simpatía infinita, el sentido de una obra, sino ese que, bajo la forma de una sombra, recorre, al leer, los mismos senderos vitales que el autor: el catálogo de las angustias, las renuncias, las felicidades. A esa especie rara de lectores pertenece Maurice Blanchot (1907), un crítico que ha marcado los trabajos de Barthes o Foucault, y de Massota y Viñas entre nosotros. Autor, entre tantos textos, de *La risa de los dioses*, *El espacio literario*, *La escritura del desastre* y *Sade y Lautréamont*.

Este volumen recoge textos escritos durante cuarenta años (algunos de los cuales ya fueron conocidos en castellano, como "Kafka y la exigencia de la obra", uno de los capítulos de *El espacio literario*) en torno de la obra y la vida de Kafka y se abre con un extenso y ejemplar ensayo: "La literatura y del derecho a la muerte". En este trabajo, Blanchot piensa y recupera una noción de la literatura, de la cual la figura de Kafka es un emblema: se trata de una tarea que oscila entre la imposibilidad y el milagro. "El autor —sostiene Blanchot— tiene una sola meta, escribir para ese lector y confundirse con él. Tentativa ésta sin esperanza. Pues el lector no quiere una obra escrita para él, sólo quiere una obra ajena, donde descubra algo desconocido, una realidad diferente, un espíritu separado que lo pueda transformar en sí mismo. En verdad el autor que escribe para un público no escribe: el que escribe es ese público y, por esta razón, ese público ya no puede ser lector; la lectura es sólo aparente, en realidad es nula."

El síntoma Kafka tiene que ver con la tensión que no termina de ser (que Blanchot denomina como lo neutro). Ha sido leído —vaciado— por todas las corrientes literiarias y ha conocido todas las interpretaciones. La biográfica, de manos de Max Brod, la humanista en la versión de Steiner, la posestructuralista en un libro en el cual Deleuze y Guattari lo convierten en su propio compañero de ruta y, por supuesto, todas las variantes del existencialismo.

Benjamin había encontrado una fórmula para Kafka: "Toda su vida se ha roto la cabeza acerca de cuál es su aspecto, sin darse cuenta de que hay espejos". Muchas de las lecturas de Kafka tienen vocación de espejo, la de Blanchot prefiere la opacidad de quien es una sombra. Y así escribe, negándose a afirmar nada por completo, trabajando en el terreno dificultoso de la ambigüedad, sin convertirla en sistema. Blanchot fuerza la ambigüedad, pero no la doblega, sabe que es la señal, como cuando se lee a Kafka, que espera al final del camino.



Kafka sigue siendo leído (las constantes reediciones lo confirman), aunque no se vuelva demasiado a él. Este libro de Blanchot recupera espacio para seguir recorriendo el nombre y la letra de una literatura que nunca quiso ser y que Brod, en un gesto humano y enemigo, salvó de las llamas de la posteridad.

MARCOS MAYER

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*La ciudad ausente*, por Ricardo Piglia (Sudamericana, 11 pesos). La novela teje a partir de un eje móvil —el vacío del mundo que se abre para Macedonio Fernández cuando muere su mujer —, y de una máquina de contar, un relato de la Argentina última, visible y sin embargo desconocida.	2	8
2	*El canto del elefante*, por Wilbur Smith (Emecé, 18 pesos). Un naturista mundialmente famoso, Daniel Amstrong, inicia una cruzada para salvar a los animales en Zimbabwe. Desde Londres, una joven antropóloga se suma a su cruzada.	1	9
3	La suma de todos los miedos, por Tom Clancy (Emecé, 26 pesos). Jack Ryan, legendario personaje de Clancy, es ahora un alto funcionario de inteligencia que concibe un plan de paz para Medio Oriente. El plan fracasa y estalla una crisis nuclear mundial.	3	3
4	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos). La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	6	38
5	*Vox*, por Nicholson Baker (Alfaguara, 14 pesos). Un hombre, una mujer y un teléfono son los ingredientes con que el inclasificable Nicholson Baker construye la más inteligente y transgresora novela erótica de los últimos tiempos.	4	8
6	*American Psycho*, por Bret Easton Ellis (Ediciones B, 15,50 pesos). Un autor polémico y una historia controvertida. Patrick Bateman es joven, rico, psicópata y elegante: viste, almuerza y juega con el mismo refinamiento con que viola, tortura y mata a sus víctimas.	7	31
7	*Sol naciente*, por Michael Crichton (Emecé, 15 pesos). Una historia en la que los japoneses son los malos. Dispuestos a hacer negocios, inauguran la sede de una corporación en Los Angeles. Se descubre un cadáver y el negocio se transforma en una guerra sin cuartel.	5	3
8	*No apto para mujeres*, por P. D. James (Vergara, 10,70 pesos). Una joven detective en apuros. Su misión es investigar la misteriosa muerte del aristócrata Mark Callender pero ingresa en un elegante y sórdido mundo lleno de intrigas.	8	3
9	*El plan infinito*, por Isabel Allende (Sudamericana, 13,70 pesos). El protagonista Gregory Reeves crece en un barrio de inmigrantes ilegales en Los Angeles, pasa por la Universidad de Berkeley en plena efervescencia hippie y logra volver "ileso" de la guerra de Vietnam para descubrir que cayó en una trampa.	9	33
10	*Mujeres de ojos grandes*, Angeles Mastretta (Planeta, 12,40 pesos). Un conjunto de cuentos que transcurren en las décadas del 30 y del 40 en Puebla, ciudad de iglesias, donde las mujeres cumplían disciplinadamente con su rol social. Las protagonistas de los cuentos son las que intentan romper con el molde, las mujeres de ojos grandes.	—	1

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	2	57
2	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). Nueva visita para desentrañar el viejo escándalo de contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación que pone de manifiesto quién ejerce el poder real en el país.	1	16
3	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos). ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	3	57
4	*Misión cumplida*, por Martín Granovsky (Planeta, 17,80 pesos). La historia de la presión norteamericana sobre la Argentina, de Braden a Todman. Y todos los entretelones sobre cómo "el virrey" Todman anudó las relaciones carnales con el gobierno de Carlos Menem.	4	3
5	*Mossad: confesiones de un desertor*, por Victor Ostrovsky y Claire Hoy (Planeta, 17 pesos). Ostrovsky, un ex katsa —oficial de servicios especiales—, narra su odisea en el seno de la organización de espionaje israelí.	6	3
6	*Woody Allen*, por Eric Lax (Ediciones B, 21,50 pesos). Todo lo que usted siempre quiso saber sobre Allan Stewart Koningsberg y no se animaba a preguntar en una biografía que puede verse como una película de Woody Allen.	8	4
7	*El fin de la historia y el último hombre*, por Francis Fukuyama (Planeta, 19,50 pesos). Fukuyama, un asesor del Departamento de Estado norteamericano, generó una polémica de decibeles inesperados con la publicación de un artículo de pocas páginas. A lo largo del libro, responde si existe una dirección en la historia del hombre y si en verdad terminó.	5	6
8	*El descabellado oficio de ser mujer*, por Cristina Wargon (La Urraca, 9 pesos). Con un descabellado humor, la autora satiriza pequeñas escenas de la vida cotidiana femenina. Los hijos, la familia, el portero y el marido le sirven de excusa para hablar sobre la mujer.	9	6
9	*Te quiero pero...*, por Mauricio Abadi (Ediciones BEAS, 14 pesos). El psiquiatra y psicoanalista Abadi —asiduo visitante de los medios de comunicación— escribe un libro sobre "los problemas de pareja hoy". El autor recurre a un triángulo amoroso del que participan él y dos lectoras imaginarias.	7	9
10	*Relaciones carnales*, por Eduardo Barcelona y Julio Villalonga (Planeta, 16,50 pesos). Un relato pormenorizado de la construcción y la destrucción del misil Cóndor II en el que se mezclan personajes conocidos de la política nacional con capitales mundiales de la intriga y el espionaje.	10	5

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Juan Fresán: **Spanish Souvenirs** (Tusquets). Una lujuriosa y espléndida cabalgata por los íconos, mitos y ritos de todas las Españas posibles, a cargo de alguien que se define como publicitario antes que artista.

Gabriel García Márquez: **Doce cuentos peregrinos** (Sudamericana). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, las profecías de los sueños.

Enrique Molina: **Antología poética** (Visor). El más suntuoso y tropical de los poetas argentinos en una edición definitiva, que incluye "El ala de la gaviota".

Rex Anderson: **Mi difundo hermano** (Sudamericana). Brillante thriller cuyo verdadero tema es la construcción de un pasado alternativo a partir de la sombra de un hermano muerto que se niega a abandonar el mundo de los vivos.

Carnets///

FICCION

Apogeo de un género

Martín Caparrós
Larga distancia
Planeta Biblioteca del Sur

LARGA DISTANCIA, por Martín Caparrós. Planeta, Biblioteca del Sur. 256 páginas.

La crónica es, tal vez, el género central de la literatura argentina. El hecho de que en dos obras abrumadoras —las de Macedonio Fernández y Manuel Puig— ese registro esté excluido casi por completo induce a olvidar que la tradición literaria argentina parte de una crónica magistral, el *Facundo*, y que textos capitales como *Una excursión a los indios ranqueles*, de Mansilla; *Martín Fierro*, de Hernández; *En viaje*, de Cané; *La Australia argentina*, de Payró; los aguafuertes de Arlt, *Historia universal de la infamia* y *Otras inquisiciones* de Borges, los dos libros misceláneos de Cortázar (*La vuelta al día...* y *Ultimo round*) los documentos de Rodolfo Walsh y otros textos de contemporáneos notables, son variaciones de un género que, como el país, es híbrido y fronterizo.

Larga distancia ahonda esa tradición y la renueva. Aunque el eje sobre el que se articulan los dieciocho textos (¿o capítulos de novela, o fragmentos de autobiografía?) son los viajes, en cada movimiento hay núcleos de ficción, estaciones del pensamiento donde Caparrós entra en conflicto con los azares de su propia mirada y establece con el lector una relación cómplice, una especie de diálogo subterráneo en los que se juegan cartas como los mitos cinematográficos, el cine norteamericano de los '50, las iconografías argentinas, el Quijote, el Che, los sueños de la historia.

Tres cualidades saltan a la primera lectura: la belleza de una escritura que desconfía de la belleza, la ternura con que el autor se relaciona con sus personajes, la ironía con que se distancia de ellos para no falsear el retrato. Aunque, como se advierte en la primera página, los textos de *Larga distancia* fueron en una primera versión artículos periodísticos, la inmediatez —que es una de las condiciones madres del periodismo— se ha esfumado del libro. En cada línea hay, ahora, el tatuaje de lo permanente.

Ciertas imágenes están construidas para perdurar, aunque sean (¿cómo saberlo?) copias perfectas de la realidad: el señor Feng tocando "Cielito lindo" en su violín de Hong Kong, las excursiones fotográficas de Anatolyi Saderman por la ciudad vieja de Montevideo, las reflexiones de Mijail Nicolaievich frente a las tumbas de la familia Stalin, las galleras, las canciones de odio y las profecías del padre Aristide en Haití, el vía crucis del Che en La Higuera contado por los campesinos que no quisieron ayudarlo, el perro que el cronista nunca llega a comer en un hotel de Pekín, las estadísticas que entran como súbitos latigazos en las historias: "La sede central de la Federación Especial de Trabajadores Campesinos del Trópico de Cochabamba, que agrupa a 280 sindicatos cocaleros, es una habitación de cuatro por cuatro en el segundo piso de una casa ruinosa". La irrupción de esos datos secos en un texto de alta densidad narrativa, construido con frases suntuosas, duplican la eficacia de lo real, convierten lo perecedero en inolvidable.

Lo mejor de *Larga distancia* está, sin embargo, en esa zona equívoca donde las crónicas se entretejen con la historia y la historia con la ficción: relatos como el del coronel José Caparrós, que desaparece en la noche de las batallas; o el de Malcolm Lowry, que se confiesa con el autor en la Funeraria Quo Vadis; o el de un viejo manco que en la Valladolid de 1604 lucha contra las deudas, acosado por los tumultos de una novela genial, mientras su hija Isabel vende el cuerpo a un caballero envarado que se llama don Alonso (¿don Alonso Quijano?).

Quien haya leído las cuatro ficciones anteriores de Martín Caparrós descubrirá tal vez que en este libro escrito casi por azar, el autor ha encontrado por fin su voz. Una voz conmovedora, memorable, que no se parece a ninguna otra.

TOMAS ELOY MARTINEZ

ENSAYO

Hay espejos

DE KAFKA A KAFKA, de Maurice Blanchot. Fondo de Cultura Económica, México, 1991, 325 páginas, 18,90 pesos.

Qué serán esos gemelos que trajinan hasta la obsesión en las novelas de Michel Tournier? ¿O ese fantasma que habita bajo la denominación del Otro en los relatos de Borges? ¿Quién es, en definitiva, uno de los dos William Wilson? Una respuesta posible —pues se trata de una pregunta vacía— apunta hacia el lado del lector. No el lector soñado que pueda llegar a comprender, por un gesto de simpatía infinita, el sentido de una obra, sino ese que, bajo la forma de una sombra, recorre, al leer, los mismos senderos vitales que el autor: el catálogo de las angustias, las renuncias, las felicidades. A esa especie rara de lectores pertenece Maurice Blanchot (1907), un crítico que ha marcado los trabajos de Barthes o Foucault, y de Massota y Viñas entre nosotros. Autor, entre tantos textos, de *La risa de los dioses*, *El espacio literario*, *La escritura del desastre* y *Sade y Lautréamont*.

Este volumen recoge textos escritos durante cuarenta años (algunos de los cuales ya fueron conocidos en castellano, como "Kafka y la exigencia de la obra", uno de los capítulos de *El espacio literario*) en torno de la obra y la vida de Kafka y se abre con un extenso y ejemplar ensayo: "La literatura y del derecho a la muerte". En este trabajo, Blanchot piensa y recupera una noción de la literatura, de la cual la figura de Kafka es un emblema: se trata de una tarea que oscila entre la imposibilidad y el milagro. "El autor —sostiene Blanchot— tiene una sola meta, escribir para ese lector y confundirse con él. Tentativa ésta sin esperanza. Pues el lector no quiere una obra escrita para él, sólo quiere una obra ajena, donde descubra algo desconocido, una realidad diferente, un espíritu separado que lo pueda transformar en sí mismo. En verdad el autor que escribe para un público no escribe: el que escribe es ese público y, por esta razón, ese público ya no puede ser lector; la lectura es sólo aparente, en realidad es nula."

El síntoma Kafka tiene que ver con la tensión que no termina de ser (que Blanchot denomina como lo neutro). Ha sido leído —vaciado— por todas las corrientes literiarias y ha conocido todas las interpretaciones. La biográfica, de manos de Max Brod, la humanista en la versión de Steiner, la posestructuralista en un libro en el cual Deleuze y Guattari lo convierten en su propio compañero de ruta y, por supuesto, todas las variantes del existencialismo.

Benjamin había encontrado una fórmula para Kafka: "Toda su vida se ha roto la cabeza acerca de cuál es su aspecto, sin darse cuenta de que hay espejos". Muchas de las lecturas de Kafka tienen vocación de espejo, la de Blanchot prefiere la opacidad de quien es una sombra. Y así escribe, negándose a afirmar nada por completo, trabajando en el terreno dificultoso de la ambigüedad, sin convertirla en sistema. Blanchot fuerza la ambigüedad, pero no la doblega, sabe que es la señal, como cuando se lee a Kafka, que espera al final del camino.



Kafka sigue siendo leído (las constantes reediciones lo confirman), aunque no se vuelva demasiado a él. Este libro de Blanchot recupera espacio para seguir recorriendo el nombre y la letra de una literatura que nunca quiso ser y que Brod, en un gesto humano y enemigo, salvó de las llamas de la posteridad.

MARCOS MAYER

FICCION

El nombre de la prosa

A. S. BYATT
Posesión
ANAGRAMA

POSESION, de Antonia S. Byatt. Editorial Anagrama. España, 1992, 542 páginas.

Con el cambio en el rol detectivesco tradicional (aquellos "buscadores de la verdad" de la modernidad) nacen personajes como el monje erudito Guillermo de Baskerville en la novela de Umberto Eco *El nombre de la rosa* o el profesor de historia en *El país del agua*, de Graham Swift. Es que en ausencia de un relato que sirva de guía y sin verdades a las que aferrarse, surgen la incertidumbre, la discontinuidad y la fragmentación. Parafraseando a los personajes de Eco o de Swift, la profesora, narradora y ensayista inglesa Antonia S. Byatt (1936) recrea aquella suerte de "buscador de la verdad" en la figura del crítico literario Ronald Mitchell, estudioso de la vida y obra de un escritor victoriano llamado Randolph Henry Ash. El nudo de la búsqueda es la oscura relación que Ash mantuvo con otra escritora de esa época: Christabel LaMotte.

Posesión sería sólo una ingeniosa novela policial más, si no fuera porque el inventado Randolph Ash se confunde con el real escritor inglés Robert Browning (1812-1889) y porque la sombría y ambigua poeta Christabel LaMotte es demasiado parecida a Elisabeth Barret (1806-1861), quien mantuviera un apasionado romance con Browning.

En este fin de siglo de fotocopias, caseteras y microfilms parecería que no hay nada nuevo. Entonces, la honestidad pasa por la utilización y manipulación de los tiempos y espacios vividos. Mezcla de tradición y parodia en un cúmulo de información apenas distorsionada por el escritor.

De eso se trata la novela de Byatt. Es el núcleo de la posmodernidad creativa. La continuación de un relato biográfico cargado de sarcasmo. El conveniente uso de la literatura como carga terapéutica con personajes incansables pero asfixiados en el mundo que les tocó vivir. Ante lo agobiante de ese pasado, *Posesión* parece confirmar la cita de Umberto Eco: "La respuesta posmoderna a lo moderno consiste en reconocer que, puesto que el pasado no puede destruirse, lo que hay que hacer es volver a visitarlo; con ironía y sin ingenuidad".

Así, Roland Mitchell, de la mano de Byatt, rastrea el pasado aferrado a la supuesta correspondencia entre Ash y LaMotte cifrada en sus poemas mediante un fantástico procedimiento recreativo de voces y estilo. Por allí desfilará la simplicidad de LaMotte que en su época era confundida con resignación y que en los tiempos narrativos de *Posesión* es vista por militantes feministas como una mujer que expresó con su vida y con su obra la muerte del falocentrismo, tema recurrente de la posmodernidad.

De la pasión lenta pero desenfrenada de los dos escritores victorianos, se pasa al sospechoso acostumbramiento entre los personajes investigadores Roland Mitchell y Maud Bailey. Punto de partida para situar la intensidad real del amor en la era de Thatcher.

Confusión de identidades, rastreo de lo fragmentario, historia rediviva empapada de lo cotidiano en estos años, *Posesión* fue premiada con el Booker Prize en 1990.

En definitiva, Byatt muestra una de las posibilidades de la actual narrativa. O como dijo el poeta Robert Browning: "...Si casi se ve/ el mundo real a través del falso, ¿qué es lo que se ve?".

MIGUEL RUSSO

FICCION

Hablando sobre mi generación



RAPADO, de Martín Rejtman. Editorial Planeta, Col. Biblioteca del Sur, 205 páginas.

Sociólogos y psicólogos coinciden en que la adolescencia, en estos tiempos y entre las clases más acomodadas, tiende a extenderse unos cuantos años más de lo aconsejable. Veinteañeros (y hasta treintañeros) deambulan por el mundo arrastrando cuitas e inquietudes imberbes. Los personajes de *Rapado* (primer libro de cuentos de Martín Rejtman) pertenecen a este mundo: adolecen entre el tedio y algunas de las formas de la ternura, viven detenidos en sus "diez y pico" aunque hayan superado la foresta casi infernal de los veinte años. Desapasionados, desinteresados de todo y hasta de ellos mismos, ya no quieren cambiar el mundo, como sus padres a la edad de ellos, ni tampoco bailan sobre los escombros de la sociedad burguesa, como lo hacían sus hermanos mayores. Ellos prefieren observar, dejar hacer, sufrir lo menos posible y, en consecuencia, dejar la felicidad para algún otro momento. La mirada de los personajes de Rejtman del mundo que los rodea es más piadosa que cruel. Salvo que se considere a la indiferencia como una forma de la crueldad.

La escritura que da cuenta de estos jóvenes intenta coincidir con los hechos que les suceden: historias mínimas relatadas desde un minimalismo poco común en las letras argentinas. Pero la sorpresa que esto significa se desvanece cuando el registro comienza a reiterarse, los tics narrativos aparecen una y otra vez y aquello que era una historia posible se queda tan sólo en una buena idea que no se arriesga a ir más allá. Tal vez por eso el relato más logrado sea "Música disco-extended version", donde Rejtman, con una historia pobre en argumento pero rica en personajes y situaciones, consigue armar un extenso relato en el que el interés no decae en ningún momento. Lo mismo sucede en otros relatos más breves: "Algunas cosas importantes para mi generación" o el cuento que da nombre al libro.

Cuando hace unos años Carver empezó a ser conocido en la Argentina, era de sospechar que tarde o temprano esa prosa —armada de una supuesta sencillez y en donde el espíritu trágico se escondía en las situaciones más banales— iba a hacer escuela. Pero una cosa es minimalismo y otra muy distinta es nimiedad. Muchos cayeron en la trampa. Si bien Rejtman, en el balance general, sale airoso, corre el peligro de que esa liviandad que caracteriza a sus personajes llegue a contagiar al texto mismo. Y nada más insoportable que un adolescente tardío.

SERGIO S. OLGUIN

FICCION

POSESION, de Antonia S. Byatt. Editorial Anagrama. España, 1992, 542 páginas.

El nombre de la prosa

Con el cambio en el rol detectivesco tradicional (aquellos "buscadores de la verdad" de la modernidad) nacen personajes como el monje erudito Guillermo de Baskerville en la novela de Umberto Eco *El nombre de la rosa* o el profesor de historia en *El país del agua*, de Graham Swift. Es que en ausencia de un relato que sirva de guía y sin verdades a las que aferrarse, surgen la incertidumbre, la discontinuidad y la fragmentación. Parafraseando a los personajes de Eco o de Swift,la profesora, narradora y ensayista inglesa Antonia S. Byatt (1936) recrea aquella suerte de "buscador de la verdad" en la figura del crítico literario Ronald Mitchell, estudioso de la vida y obra de un escritor victoriano llamado Randolph Henry Ash. El nudo de la búsqueda es la oscura relación que Ash mantuvo con otra escritora de esa época: Christabel LaMotte.

Posesión sería sólo una ingeniosa novela policial más, si no fuera porque el inventado Randolph Ash se confunde con el real escritor inglés Robert Browning (1812-1889) y porque la sombría y ambigua poeta Christabel LaMotte es demasiado parecida a Elisabeth Barret (1806-1861), quien mantuviera un apasionado romance con Browning.

En este fin de siglo de fotocopias, caseteras y microfilms parecería que no hay nada nuevo. Entonces, la honestidad pasa por la utilización y manipulación de los tiempos y espacios vividos. Mezcla de tradición y parodia en un cúmulo de información apenas distorsionada por el escritor.

De eso se trata la novela de Byatt. Es el núcleo de la posmodernidad creativa. La continuación de un relato biográfico cargado de sarcasmo. El conveniente uso de la literatura como carga terapéutica con personajes incansables pero asfixiados en el mundo que les tocó vivir. Ante lo agobiante de ese pasado, *Posesión* parece confirmar la cita de Umberto Eco: "La respuesta posmoderna a lo moderno consiste en reconocer que, puesto que el pasado no puede destruirse, lo que hay que hacer es volver a visitarlo; con ironía y sin ingenuidad".

Así, Roland Mitchell, de la mano de Byatt, rastrea el pasado aferrado a la supuesta correspondencia entre Ash y LaMotte cifrada en sus poemas mediante un fantástico procedimiento recreativo de voces y estilo. Por allí desfilará la simplicidad de LaMotte que en su época era confundida con resignación y que en los tiempos narrativos de *Posesión* es vista por militantes feministas como una mujer que expresó con su vida y con su obra la muerte del falocentrismo, tema recurrente de la posmodernidad.

De la pasión lenta pero desenfrenada de los dos escritores victorianos, se pasa al sospechoso acostumbramiento entre los personajes investigadores Roland Mitchell y Maud Bailey. Punto de partida para situar la intensidad real del amor en la era de Thatcher.

Confusión de identidades, rastreo de lo fragmentario, historia rediviva empapada de lo cotidiano en estos años, *Posesión* fue premiada con el Booker Prize en 1990.

En definitiva, Byatt muestra una de las posibilidades de la actual narrativa. O como dijo el poeta Robert Browning: "...Si casi se ve/ el mundo real a través del falso, ¿qué es lo que se ve?".

MIGUEL RUSSO





FICCION

RAPADO, de Martin Rejtman. Editorial Planeta, Col. Biblioteca del Sur, 205 páginas.

Hablando sobre mi generación

Sociólogos y psicólogos coinciden en que la adolescencia, en estos tiempos y entre las clases más acomodadas, tiende a extenderse unos cuantos años más de lo aconsejable. Veinteañeros (y hasta treintañeros) deambulan por el mundo arrastrando cuitas e inquietudes imberbes. Los personajes de *Rapado* (primer libro de cuentos de Martín Rejtman) pertenecen a este mundo: adolecen entre el tedio y algunas de las formas de la ternura, viven detenidos en sus "diez y pico" aunque hayan superado la foresta casi infernal de los veinte años. Desapasionados, desinteresados de todo y hasta de ellos mismos, ya no quieren cambiar el mundo, como sus padres a la edad de ellos, ni tampoco bailan sobre los escombros de la sociedad burguesa, como lo hacían sus hermanos mayores. Ellos prefieren observar, dejar hacer, sufrir lo menos posible y, en consecuencia, dejar la felicidad para algún otro momento. La mirada de los personajes de Rejtman del mundo que los rodea es más piadosa que cruel. Salvo que se considere a la indiferencia como una forma de la crueldad.

La escritura que da cuenta de estos jóvenes intenta coincidir con los hechos que les suceden: historias mínimas relatadas desde un minimalismo poco común en las letras argentinas. Pero la sorpresa que esto significa se desvanece cuando el registro comienza a reiterarse, los tics narrativos aparecen una y otra vez y aquello que era una historia posible se queda tan sólo en una buena idea que no se arriesga a ir más allá. Tal vez por eso el relato más logrado sea "Música disco-extended version", donde Rejtman, con una historia pobre en argumento pero rica en personajes y situaciones, consigue armar un extenso relato en el que el interés no decae en ningún momento. Lo mismo sucede en otros relatos más breves: "Algunas cosas importantes para mi generación" o el cuento que da nombre al libro.

Cuando hace unos años Carver empezó a ser conocido en la Argentina, era de sospechar que tarde o temprano esa prosa —armada de una supuesta sencillez y en donde el espíritu trágico se escondía en las situaciones más banales— iba a hacer escuela. Pero una cosa es minimalismo y otra muy distinta es nimiedad. Muchos cayeron en la trampa. Si bien Rejtman, en el balance general, sale airoso, corre el peligro de que esa liviandad que caracteriza a sus personajes llegue a contagiar al texto mismo. Y nada más insoportable que un adolescente tardío.

SERGIO S. OLGUIN

UN RELATO INEDITO DEL CHE

Angustia (Eso es cierto)

A mediados de 1950, poco después de cumplir 22 años, Ernesto Guevara de la Serna emprendió un viaje por América Central en un barco de la Flota Mercante del Estado. Era un estudiante de Medicina avanzado pero intermitente y, por lo que se sabría después, aquel viaje iba a decidir su vida. En los puertos de Panamá, Honduras y Haití conoció la miseria y la opresión de otros hombres y se dispuso a luchar contra la injusticia. Durante la travesía leyó con voracidad, anotó en un cuaderno los pensamientos ajenos que lo conmovían y en los espacios entre un epígrafe y otro escribió un relato, "Angustia". Cuando regresó a Buenos Aires se lo entregó a su padre con una dedicatoria, "A Ernesto Guevara". Las turbulencias de la historia postergaron la publicación de aquel texto del que don Ernesto Guevara Lynch nunca quiso separarse. Su viuda, Ana María Erra, lo confió finalmente a **Primer Plano** *y concedió la autorización para exhumarlo. "Angustia" tiene, ante todo, el valor de un documento en el que asoman ya, de cuerpo entero, las obsesiones de justicia y la compasión por los desposeídos que caracterizarían la vida del Che.*

El relato se reproduce aquí respetando su orden original, con los epígrafes intercalados al comienzo o al centro de cada carilla del cuaderno.

ERNESTO "CHE" GUEVARA

Uno de los primeros testimonios escritos por Ernesto Guevara, ocho años antes de su desembarco en Cuba. Este relato de juventud, donde el Che asoma ya de cuerpo entero, es una exclusividad mundial de **Primer Plano.**

***La educación es la capacidad para afrontar las situaciones que plantea la vida.* Ibsen.**

De tarde en tarde, como uranolitos fugaces que cruzan el espacio, sacuden al hombre sacándolo de su rutina, hechos difíciles de explicar. Así, por ejemplo, podemos habitar una casa en donde nuestra salud se encuentra constantemente resentida sin llegar a sospechar que la causa de ello puedan ser las emanaciones radiestésicas.

Ultimamente, en uno de esos largos viajes por mares áridos y tórridos se recargó tanto mi espíritu de eso que tanto vulgar como científicamente se llama angustia, y fueron tantos los días que hube de soportarla, que hoy, ya pasados sus peligros, sonrío optimista y aspiro con fuerza el aire que me rodea. Sentado frente a una mesa de café barato en donde si me descuido quedo pegado como la hormiga en la miel, analizo los hechos y las

***A medida que se tiene más ingenio, se encuentra mayor número de hombres originales. Las personas vulgares no encuentran diferencias entre los hombres.* Pascal.**

consecuencias de ellos y pienso con cuánta frecuencia una persona o una palabra dicha por ella, nos llevan de golpe a simas pavorosas o nos elevan a cúspides inaccesibles. Después de unos días de navegación en que mi pensamiento no tiene consistencia y se encuentra embarazado con la idea de haber obrado, como si eso no fuese algún crónico en mi ser. Llegamos a Trinidad, esa isla de tarjeta postal, y nos aprontamos a desembarcar para pisar las tierras de Colón y pasar de la mejor manera posible las horas libres. Hemos formado un grupo y deambulamos por las calientes y limpias calles de la población, heterogénea de colores, uniformes vistosos, vestidos chillones, mujeres arrogantes como estatuas de la justicia. Con uno de mis compañeros voy algo rezagado del grupo principal y, cosa curiosa, sucede como de costumbre, que siendo

***Es triste sentirse silenciosamente desaprobado.* Amiel.**

dos no se comporta ninguno de ellos como lo haría si estuviese solo... Todo en este pueblo es interesante; hay en una mesa al aire libre infinidad de botellas como un líquido verde Nilo que no sabemos qué será pero que tampoco nos acercamos a probarlo. Estando solo un hombre no está solo, está él, está con su yo, pero si son dos los que están solos, resulta que son cuatro (siempre hay en Open-Door una celda disponible), de modo que siendo cuatro los presentes se abstienen de probar una bebida servida en la vía pública, con pocas probabilidades de higiene y muchas posibilidades de que aquella chica, aloja, refresco o lo que sea no nos guste y entonces quede haber hecho el ridículo, queda un sabor amargo por un buen rato. Más adelante una vendedora callejera nos ofrece plátanos, pasteles, cacahuates, pero no tenemos apetito y además, ¿cuándo se vio a dos argentinos comiendo bananas por la calle? Seguimos caminando, se hizo de noche, llueve silenciosamente, nos guarecemos bajo una galería frente al escaparate de una tienda.

***Si tenía horror a alguien era a sí mismo.* Sartre.**

Todas estas últimas horas presiento, siento, palpo la tormenta que hay en mí y me extraña cuánto tarda en cubrirse el poquito cielo que me queda.

Ahora estamos mirando las mercancías expuestas en la vidriera y calculamos su precio en m/n[1], y he aquí una de las ventajas que posee el hombre civilizado y es su facilidad para cambiar de conversación, de modo que mi compañero, en un momento dado, me hace la pregunta. Es natural, es lógico, es justo que la haga. Es el "por qué no se casa" de Diego; es el "algo ha pasado" de Daniel. Es la pregunta diaria formulada por mí mismo durante años y años. Pero cuando la nube está saturada de agua y la atmósfera predispuesta, sólo falta una leve chispa o el vibrar del trueno para que ella se descomponga en lluvia, se desarme, se desvanezca, se diluya. Delante mío hay un vidrio limpido, cristalino, pero poco a poco lo veo obscurecer, deja de ser cristal para volverse laja, me quiero afirmar a él en mi caída pero los dedos de los pies y las palmas de las manos resbalan sobre su lisa superficie.

***Un hombre puede hacer lo que quiere, pero no querer lo que quiere.* Schopenhauer.**

Me han hecho una pregunta y debo contestarla, pero el vértigo me aturde. No tengo tiempo de ponerme la máscara, no sé qué mentir. Cualquier cosa, cualquier añagaza, cualquier excusa antes que decir la verdad. Surge ante mis ojos una época floreciente en que frecuento las casas de tolerancia, a veces solo, a veces en barra, nunca con un amigo porque no lo tengo. Poco a poco voy penetrando en ese mundo que no es mi mundo, puesto que mi mundo es el de la amistad, el del amor, el del apoyo mutuo, el de vencer la noche, subir las cuestas, cruzar los ríos, capear las lluvias, ganar el sustento; pero no el de comprar una mujer, mentir con ella, reír sin tener ganas, gozar de lo que me prohibieron, obtener lo que me enseñaron a despreciar. Aquella época pasó y vino una decadencia, un cambio de ambiente, nuevos métodos de vida. La vidriera continúa iluminada, el chubasco cae con menos fuerza pero aún me queda por responder a la pregunta que me hicieron. A un compañero de trabajo, a un hombre vulgar o a una de

***Nuestros deseos buscan razones que los apoyen y tiendan a pasar por alto los hechos y los argumentos que no encajan en ellos.* Nehru.**

aquellas personas a quienes con tanta facilidad llamamos amigos me fuera muy fácil contestarle, soslayar el tema y aun tener ventaja sobre él, dado que de algo había de servirme el haber leído cuentos de libros, el haber jugado mi carnaval en la vida. Pero éste que me acompaña hoy es también uno de aquellos que se van endureciendo a través de experiencias propias y ajenas, es un estudiante, es un hombre que aprecio en alto grado, es alguien a quien no he visto reír, ni sonreír y cuyo rostro se me desdibuja constantemente, quedando sólo sus ojos grandes, inquisitivos, penetrantes... Por el momento sólo le digo: yo soy un hombre que está en el punto cero, fuera del tiempo y del espacio y que sólo se alimenta de vagos, tenues, vaporosos recuerdos. Pero suena una alarma, se abre una puerta, pasa por el lado nuestro un grupo de jóvenes precedidos por un hombre de edad y mi compañero me invita a seguirlos, alegando que son sus iguales que forman parte de su clan, que yo puedo acompañarlo en ca-

***Siempre son ellas las que acuden y esperan inmóviles, inexpresivas, en las puertas de los hospitales, los cuarteles y las prisiones.* Sartre.**

lidad de espectador, o como reportero, o como simple extranjero que quiere conocer las costumbres del país, el modo de ser de sus habitan-

A Ernesto Guevara

– Angustia –
(Eso es cierto)

– La educación es la capacidad para afrontar las situaciones que plantea la vida – Hibben –

De tarde en tarde, como uranolitos fugaces que cruzan el espacio, sacuden al hombre sacándolo de su rutina, echos difíciles de explicar. Así por ejemplo, podemos habitar una casa en donde nuestra salud se encuentra constantemente resentida sin llegar a sospechar que la causa de ello puedan ser las emanaciones radiestéricas. Ultimamente, en uno de esos largos viajes por mares áridos y tórridos, se recargó tanto mi espíritu de eso que tanto vulgar como científicamente se llama angustia, y fueron tantos los días que hube de soportarla, que hoy, ya pasados sus peligros, sonrío optimista y aspiro con fuerza el aire que me rodea. Sentado frente a una mesa de café barato en donde si me descuido quedo pegado como la hormiga en la miel, analizo los hechos, y las

A la izquierda, el hombre que sería el Che a bordo del barco de la Flota Mercante donde escribió "Angustia", 1950.

tes. Es ésta una sala muy bien iluminada, hay vitrinas con huesos rotos, otros a medio soldar, hay un cráneo de Cromagnon, otro de Connstatt, hay fotografías de locos, un corazón artificial, esquemas de úlceras, es esto un museo de ciencias médicas, en donde el profesor que dirige el grupo de estudiantes va dando explicaciones, nos acercamos a ellos que ahora se encuentran frente a un frasco redondo y barrigón en cuyo interior hay en formol un feto humano.

Se dio por terminada la visita al museo y nos fuimos calle arriba a reunirnos con el grueso del grupo. In-

***El pueblo tendrá siempre su sueño, su utopía, y todo hombre tiene la suya.* Max Netlav.**

decisos estábamos con lo que podríamos hacer cuando una música frívola y dulzona nos invitó a subir a un destartalado primer piso, nido de "tauras y cantores", de "loros y puntos". Perdí de vista por el momento al que era poco antes mi compañero, pero luego lo vi subir a un automóvil acompañado de una criolla arrogante y simpática, quizá parienta lejana de la emperatriz Josefina... Estoy afirmado en la baranda de un corredor que da a la calle, tengo en mis manos una botella de licor:

***Bebo porque en el fondo de mi mismo. Tengo algo que matar o adormecer.* Joaquín Castellanos.**

Mi compañero de momentos antes da un golpe con la puerta del automóvil de un decámetro de largo y ya éste se desliza suavemente sobre el asfalto mojado, camino al placer, camino a la satisfacción, camino al deber cumplido. La puerta al golpear contra el automóvil hizo ruido, hubo una vibración, un guijarro empezó a rodar desde una muy elevada

***Partir una sandía era descubrir un tesoro de emociones.* Joaquín V. González.**

cima de falsa moral y estúpidos prejuicios; hay nieve en la falda del glaciar, el guijarro se envuelve con ella formando cada vez más gruesa su envoltura. Veo todo un paisaje compuesto por parejas que bailan una guaracha, veo muros de un colegio, veo discordias familiares, veo miseria física y moral, una canoa da vueltas en un remolino, la bola de nieve se agranda, se solidifican sus moléculas, estoy dentro pero no me quejo, no hago como Knut Hamsun en "Hambre", no deseo a otros el mal que me deparó el destino; ahora choco con las costumbres, con preguntas, con árboles raquíticos pero bien afirmados en las faldas de la montaña, me quieren detener pero sus

***El individuo es un eterno burlado que jamás obtiene lo que busca y a quien siempre engaña su esperanza.* Amiel.**

brazos son cortos, sigo rodando pero sin destruir, quiero llegar cuanto antes al fondo del abismo, nunca detenerme en las medianías, me falta el aire pero no pido auxilio, pido cuando más una sonrisa a mi desvarío, un dedo que apunte mi ridículo. Con vertiginosa rapidez me despido de aquellos a quienes quise, la novia del pibe, el amigo muerto, el amigo ausente; suena un tiro, hay un derrumbe, existe una posibilidad, quiero vivir, me aferro desesperadamente, quiero no pensar en ello, salir del círculo fatal, extirpar la angustia, vencer la náusea; los minutos pasan, es hora de partir, el barco es un refugio, el mar es mi salvación.

***Es preciso aceptarnos como somos.* Scherer.**

Pero esta vez el mar es mi salvación, pasan las horas y los días; ella, la angustia, me muerde constantemente, invadió mi garganta, mi pecho, encoge mi estómago, me atenaza las entrañas. Ya no me gustan las auroras, no me interesa saber de qué cuadrante sopla el viento, no calculo la altura de las olas, se me aflojan los nervios, se me nubla la vista, se agria el carácter. Quiero dormir, quiero huir constantemente, cierro los puños de dolor. Caigo de rodillas, cansado de buscar una solución, una verdad, un motivo. Pensar que nací para amar, que no nací para permanecer frente a un escritorio preguntándome si el hombre es bueno puesto que sé que el hombre es bueno porque me codeo con él en el campo, en la fábrica, en el obraje,

***Sólo cuando se ve que se es útil a otro ser, se comprende el sentido y la misión de la existencia propia.* Zweig.**

en el ingenio, en la ciudad. Pensar que se es físicamente sano, que se tiene espíritu de cooperación, que se es joven y rijoso como un macho cabrío, y verse excluido del panorama por años y años: eso es angustia. Pensar que un mar agitado se vea privado de demostrar sus galas a la luz del sol por una simple capa de turbio aceite, residuo de especulaciones absurdas: eso es angustia. Arrastrar una soledad sin límites por las calles de una ciudad bullente de juventud y de vida: eso es angustia. Envidiar sin querer las conquistas que hace el prójimo, celar la felicidad del amigo: eso es angustia. Que se sea un sacrificio estéril, que no se

***Hacer el mal es una fatalidad, lo mismo que soportarlo.* Ingenieros.**

ayude a levantar una nueva vida: eso es angustia. Que rehúyo la amistad, que el amor no llega: eso es angustia. Que nada quiero para mí, que es tan absurdo que me acompañe un invertido como que me acompañe una mujer: eso es cierto. Que ya no hay problema para mí, puesto que lo resuelvo refugiándome en la soledad: eso es cierto. Que habría que hacer algo por los que vienen detrás, dar libertad a los que están encerrados, ofrecer ayuda a la juventud, alegría a la niñez: eso es cierto.

1. *Denominación de pesos moneda nacional en los años '50* **(N. del E.)**.

EL CAZADOR OCULTO

Carlos Grosso, intendente municipal.

En el periodismo hay una especie de paranoia por ser oficialista. Si dicen que una cosa es buena, y dicen que la hizo el oficialismo, creen que están en "orsai". Para ser independientes, libres, hay que decir lo que está mal.

La mañana. ATC, 22 de julio, 9.45 hs.

Susana Giménez, animadora.

La "depre" del domingo. ¿Ustedes tienen depre el domingo? ¿Por qué será? Para mí, viene del colegio. Porque al otro día hay que ir al colegio.

Hola Susana, te estamos llamando. Canal 11. 21 de julio, 14.02 hs.

Susana Giménez, animadora; **Silvana Roth**, dirigente peronista, conocida de Eva Perón.

SR: Una vez, en la peluquería de Julio Alcaraz —que era el peluquero que nos peinó todo el tiempo, a ella (Eva Perón) desde que empezó el cine, hasta que murió— y fijate que me..., me llamó la atención cuando estábamos allá... que..., estábamos hablando... ¿Sabés que se me fue lo que te estaba por contar?

SG: No importa. Porque no tenemos mucho tiempo.

Hola Susana, te estamos llamando. Canal 11. 24 de julio, 14.53 hs.

DOS FRAGMENTOS DE UNA NOVELA INEDITA

Después de mi madre



Desde hace más de seis años, Sylvia Molloy viene trabajando en una novela aún sin título, cuyos temas son la pérdida de la madre, de la lengua natal y de un Buenos Aires que ya no puede ser el mismo. Esta ficción es la primera que la autora de "En breve cárcel" da a conocer desde 1981.

SYLVIA MOLLOY

Pasar de la relativa sombra del aeropuerto al calor blanco del verano siempre me pareció una forma particularmente despiadada de entrar en el país. El tiempo que lleva ajustar la mirada, no sólo a la luz excesiva sino a esa realidad conocida que siempre, en el espacio de un minuto, es deslumbrantemente extraña, es el tiempo del pánico, la caída en la trampa. He vuelto y esta vez ya no podré salir: este mundo, que nunca fue de veras mío, será mi sepultura. Moriré y no estará la mano del amigo para sostenerme la cabeza, para cerrarme los ojos.

No puedo explicar la desazón que me causa volver a Buenos Aires, esa sensación de estar abriendo puertas que siempre dan a cuartos vacíos, de leer páginas que están siempre en blanco, de asir recuerdos que se me ahuecan en cuanto procuro darles sentido. No, no es mío el mundo de mi madre, ni éste es mi país. ¿Por qué, entonces, la ansiedad, por qué la orfandad que siento invariablemente al pisar este asfalto calcinado, mientras espero el taxi? Dos valijas, nada más, y la dirección del hotel al que vuelvo siempre, deslucido, cuya fachada descascarada apenas hace honor al antiguo prestigio de su nombre. Quizá, cuando mi madre era joven, todo fuera distinto. De hecho, es por ella que vuelvo, no sólo al país sino al mismo hotel. Entre los muchos papeles que dejó, pedacitos de vida descompuesta, había un billete de un peso, flamante, cuya potencial circulación había coartado para transformarlo en reliquia personal. Dos manos distintas colaboraron en esta empresa: una, desconocida, ha escrito una fecha —15-V-1932 A.D.— la otra, de mi madre (reconozco la letra), ha anotado *Lloyd George* y el nombre del hotel. Ningún otro dato me brinda este billete, salvo informarme, en las firmas junto a la adusta representación de la república munida de su antorcha, que eran secretario y presidente del Banco Nación, respectivamente, Ernesto Mallea y Nicolás Avellaneda, dos apellidos que reconozco como significativos aunque no sé, en realidad, qué significaban entonces. De los muchos papelitos de mi madre, hay algunos que miro con tristeza, otros con culpa. Y hay algunos que, después de leídos una vez, no me atrevo a volver a leer. Pero a este suelo volver, como a un enigma, irresuelto y posiblemente irresoluble. La inscripción de la fecha, lapidaria; el nombre de Lloyd George (que para entonces había dejado de ser primer ministro inglés), inexplicable; y el nombre del lugar, City Hotel. Este es el único elemento reconocible de la tríada, por eso me hospedo aquí.

Decía mi madre (y viviría para experimentarlo en carne propia) que la memoria es un don elusivo, a menudo infernal. Cuando trato de acordarme de ella, no logro detener una imagen fija sino un torbellino de figuras superpuestas; mi madre de joven, mi madre muerta, mi madre tal como la soñé una noche, después de una visita que resultaría ser la última, como una chiquita de meses que lloraba desconsoladamente en mis brazos. Es más fácil recordar objetos que fueron suyos —que ya sé, de algún modo son ella: pero que, sobre todo, no lo son— que recordar a mi madre. De hecho, conservo algunos de esos objetos para convocarla, para celebrar alguno de sus muchos gestos perdidos. Me he quedado con sus agujas de crochet y, aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer de mi madre, mi codicia ha prevalecido y soy yo el depositario de esta joya de familia. Mi madre, la desmemoriada, fuente de mi memoria agujereada.

* * *

Cuando murió mi madre se me terminó el mundo, es decir, uno de mis mundos, el mundo en castellano. Me llamó una vecina, que también vivía sola y con la que mi madre mantenía amables relaciones de contigüidad aunque de escaso contenido. Se saludaban a diario, hablaban del tiempo, de plantas, la vecina le llevaba semanalmente un pastel de duraznos, cuando era la época: mi madre le regalaba gajos y bulbos, para los que tenía buena mano y, cada tanto, algún dibujo del que no le costaba demasiado desprenderse. Alguna vez, en una conversación telefónica, interrumpió lo que me estaba contando para decir, como al descuido: "Hay luz en lo de Marión, deben de ser las seis", y comprendí que vivía atenta a los movimientos de su vecina que de algún modo regían los suyos. Cuando murió me di cuenta de que Marión hacía lo mismo con mi madre: "No vi luz cuando volví a casa a las seis y seguía oscuro dos horas después. Pensé que habría pasado algo". La encontraron muerta, de un paro cardíaco. La muerte no fue buena con ella, pese a su decisión, tantas veces anunciada, de que no la encontraría desprevenida. Pasó años maquillándose levemente antes de acostarse por si moría durante la noche. Murió en cambio al atardecer, descuidada de ropa, y sin los dientes postizos que por ese entonces le molestaban mucho. Como se la iba a cremar inmediatamente y había pedido que no la viera nadie, los empleados de la empresa fúnebre no se preocuparon de ponérselos. Fue así cómo, al presentarme a reconocer el cuerpo y hacerme cargo de los trámites, vi a mi madre con la cara espantosamente ahuecada y casi irreconocible. No pude besarla.

Recuerdo haber leído, hace muchos años, las cartas de George Bernard Shaw a Mrs. Patrick Campbell. En una de ellas, Shaw describe su estupor al ver el contenido de la urna con los restos incinerados de su madre, el leve motoncito de polvo y huesitos blancos. Experimenté el mismo estupor cuando me entregaron la cajita de madera, con la diferencia de que mi madre pesaba mucho, aun muerta. Había pedido, con un último gesto romántico que no le era del todo insólito, que se esparcieran sus restos en el Río de la Plata. Al mes de muerta viajé a la Argentina con ese propósito, difícil de cumplir en tiempos normales, más aún en esa época aciaga. Cuando procuré concertar algo con una empresa fúnebre local, seguro de que se habrían encargado ya de otros pedidos semejantes, no me supieron ayudar. "Y váyase a la Costanera, señor, y desde allí los tira al río", fue el único consejo que me dieron, sin asomo de sorna. Pensé que en las postrimerías de un régimen que había recurrido a gestos de obliteración parecidos, no era sabio seguir el consejo. Y me volví con mi madre a Nueva York, con la cajita pesada en un bolso de mano que no osé despachar como equipaje de bodega.

Mi madre, siempre tan sola, tan controlada, tan parca. Mi cariño por ella se empaña, en la memoria, con el recuerdo de mis vanos intentos de romper sus defensas, de hacerla hablar más allá de los límites que imponía a sus relatos, siempre los mismos, siempre iguales, pulidos a fuerza de contarlos. Ahora me quedan apenas recuerdos, objetos, los pocos cuadros que se salvaron de su sistemática destrucción, y fragmentos de aquel diario que me pidió que quemara. Y el billete de un peso que me trae de vuelta a la Argentina.